

¿UN ISLAM COMERCIAL O UN ISLAM ESENCIAL?

PARTE I



Allâh ha creado al ser humano débil y, consecuentemente, dominado en muchas ocasiones por el designio de sus instintos; por ello, al ser humano le resulta muy dificultoso escapar de las redes de su pasión.

Allâh le ha creado y dispuesto en este mundo para que le sirva. Sin embargo, como Allâh sabía que el hecho de encargar a sus criaturas la tarea de servirle iba resultarles algo fatigoso y costoso, estableció una serie de recompensas en la puesta en práctica de su din; así, la persona tendría siempre un estímulo para trabajar y obrar, a pesar de saber y conocer que él, como criatura de Allâh, ha sido creado para servir a su Señor sin pretender recibir ninguna retribución a cambio. Así nos lo informó el profeta Mujámmad – la paz sea con él – cuando dijo: “El derecho de Allâh sobre sus criaturas, es que le sirvan y no le asocien nada”. (Transmitido por Albujârî, Muslim y otros eruditos del jadiz).

En base a esto, encontramos una gran cantidad de textos que nos hablan de las recompensas que todo musulmán puede obtener cuando realiza una o tal obra.

Muchísimos han sido los discursos y los sermones de imames que han estado basados en este principio: el de actuar y hacer el bien en busca de la recompensa que Allâh ha prometido a sus siervos. La recompensa es conocida en el Islam como (*ajr*). Estos imames y ulemas sabían que, debido a la débil condición del ser humano, éste sólo puede ser estimulado – en muchos momentos de su vida – a base de ese intercambio “mercantil”.

Sin embargo, pocos imames – sobre todo aquellos que han recibido una formación y una educación espiritual correcta y profunda – han sido quienes se han percatado que tales discursos han creado en el subconsciente de muchos musulmanes una actitud “materialista” o “mercantilista” para con Allâh a la hora de practicar el din del Islam y, consecuentemente, el verdadero sentido del concepto de servidumbre (*‘ubûdiyyah*) ha sido corrompido.

Esta actitud, espiritualmente hablando, es mediocre y lastimosa; una actitud que, en la mayoría de las ocasiones, viene movida por un interés

“calculador” que únicamente actúa buscando esos “bienes” gananciales ultraterrenos.

Estos discursos han causado estragos en lo más profundo del ser musulmán e, igualmente, han generado una evidente y palpable carencia en la dimensión espiritual; dimensión, además y sin lugar a dudas, fundamental en nuestro din del Islam. Estos discursos de los que hablamos han alejado al musulmán de la esencia y la sapiencia que encierra cada una de las acciones que éste practica de su din. Los musulmanes, por desgracia, sufrimos un desconocimiento profundo y una ignorancia remarcable sobre los fines últimos que existen en cada una de las enseñanzas y los preceptos que han sido legislados por Allâh en el din.

Meditemos en lo siguiente. ¿Cuántos musulmanes, cuando son preguntados por la causa por la que realizan una acción que suelen repetir con frecuencia o llevar a cabo muy a menudo, suelen contestar: “es que en esa acción hay mucha recompensa (*ayr*)” o “es que Allâh nos va a recompensar mucho si hacemos esto”?

Pocos son los musulmanes que, a esta pregunta, ofrecen una respuesta basada en un conocimiento correcto y profundo basado en las enseñanzas del din del Islam; la mayoría se limita, únicamente, a responder aquello que se les ha transmitido y enseñado desde muchos púlpitos: la recompensa prometida.

Si ese es nuestro único incentivo para fundamentar nuestra praxis islámica – incentivo que, por otro lado, no podemos ni debemos negar –, nos hundiremos, poco a poco, en un hondo vacío y seguiremos estancados en una posición formalista totalmente ajena a la esencia de lo que el Islam transmite y enseña.

Limitarse a depositar nuestra esperanza en una mera recompensa – aunque proceda de nuestro propio creador –, genera en nuestro subconsciente una actitud “materialista” y vacía de toda sapiencia (*hikmah*) que Al·lâh ha dispuesto en cada uno de aquellos actos que debemos practicar como musulmanes.

Démonos cuenta que, con esta actitud que nos espolea, por ejemplo, a hacer muchas oraciones voluntarias, no viene generada en la mayoría de las ocasiones por un amor profundo a nuestro Señor, Allâh, sino por el hecho de obtener aquella recompensa prometida para quien realice un número determinado de oraciones voluntarias durante el día o la noche.

Medita un momento en las palabras del imam Ibnu Alqayyîm –que Allâh le colme de misericordia– cuando dijo: “La estación de la (*wilâyah*)

(وَلَايَةٌ) no se obtiene con mucha oración (*ṣalâh*) (صَلَاة), mucho ayuno, o mucho ejercicio (*riyâḍah*) (رِيَاضَةٌ) espiritual, sino que se obtiene en el momento en que el siervo ama aquello que Allâh ama y detesta aquello que Allâh detesta”.

En principio, ello no es algo malo, todo lo contrario. El quid de la cuestión radica en que únicamente nos quedemos estancados ahí, en lo “material”. Si no somos capaces de abandonar por un momento ese ansia “mercantilista” y meditar y reflexionar en la sapiencia y la esencia de los actos que estamos realizando y a los que el Islam nos incita a descubrir a través de la práctica – ya sea a través de nuestra propia experiencia espiritual o a través de las enseñanzas de un verdadero maestro o educador espiritual – no podemos pensar ni creer, a ciencia cierta, que Allâh nos vaya a bendecir con su amor y su complacencia por muchas oraciones que hagamos que estén vacías de amor y sin ser conscientes de lo que significa el verdadero concepto de la servidumbre que a nuestro Señor debemos. Lo que Allâh nos otorgará – pues así lo ha prometido – es aquella moneda que buscamos, pues, tal y como dijo el profeta Mujâmmad – la paz y las bendiciones sean con él – “Ciertamente, las obras, dependen por sus intenciones, y cada persona recibirá en base a ellas”. (Transmitido por Albujârî y otros eruditos del jadiz).

Quisiera poner un ejemplo sencillo para que el tema que estoy poniendo sobre el tapete sea comprendido.

Existen muchos textos –tanto del Corán como de la sunna de nuestro amado profeta Mujâmmad, la paz sea con él– donde se nos promete cierta recompensa a quien da de comer al hambriento.

Nada, absolutamente nada, nos impide que obremos con la intención de obtener esa recompensa divina. Sin embargo, si nos preguntan por qué alimentamos al hambriento y, únicamente, respondemos que lo hacemos porque Allâh nos ha prometido una recompensa, olvidándonos del principio, la enseñanza y la sapiencia que encierra ese acto –que no es otro que el hecho de generar en nosotros la empatía y la misericordia para con los necesitados–, entonces, que Allâh nos asista y se apiade de nosotros.

(Continuará...)